DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

La *pregunta auténtica* heideggeriana que la IA es incapaz de fagocitar

Concepción Delgado Parra*

Introducción

La inteligencia artificial (IA) está transformando la creación del conocimiento y, en consecuencia, el papel del investigador. No se trata únicamente de un cambio técnico y económico; representa, además, una crisis del modelo civilizatorio del conocimiento. En este nuevo escenario, los desafíos epistemológicos son profundos e indiscutibles. La naturaleza, el origen, los límites y la validez del conocimiento corren el riesgo de replegarse al uso de una infraestructura tecnológica de decisión reducida a acelerar el análisis de datos y redacción de textos en tiempo récord alterando el papel de quien investiga. El investigador deja de formarse como artesano del método y generador de conocimientos disciplinarios para convertirse en gestor de *prompts* y curador de *outputs*. Esto es resultado de que, en su estructura profunda, la IA generativa no crea conocimiento nuevo, aunque produzca estadísticamente combinaciones novedosas, solamente se mueve dentro del "mundo de lo ya interpretado". Procesa, predice, optimiza, pero no *escucha, no se angustia, no habita un mundo, no muere*. No tiene *Dasein*.[1] Por lo

[1] El *Dasein* heideggeriano remite a la existencia humana y significa, literalmente "ser-ahí". Designa el ente singular y concreto que cada uno de nosotros es, caracterizado no por una esencia fija, sino por su capacidad de comprender el Ser y proyectar sus propias posibilidades. Heidegger lo desglosa a través de tres dimensiones fundamentales. La primera, el *ser-en-el-mundo* (facticidad), el *Dasein* nunca existe de manera aislada ni como un sujeto incorpóreo frente a un objeto, siempre se encuentra situado en un entorno concreto. Su

* Profesora-investigadora de la Academia del Posgrado en Ciencias Sociales y Humanidades de la UACM, integrante del Comité editorial de *Andamios. Revista de Investigación Social* y miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores. ORCID: 0000-0001-7388-4052 Correo electrónico: concepcion.delgado@uacm.edu.mx

tanto, *no piensa* ni elabora *preguntas auténticas* en el sentido heideggeriano. De ninguna manera esto debe interpretarse como un rechazo al desarrollo tecnológico (neoludismo), ni suponer que peligramos ante la idea de que la IA piense mejor que nosotros. Se trata, más bien, de evitar que aceptemos que su modo de operar, particularmente, los procedimientos que utilizan la IA generativa y los grandes modelos del lenguaje, basados en el pensar "calculador", constituyen la única vía para la producción del conocimiento, donde el investigador deviene "operador" de datos.

Bajo la lógica de la IA, que genera una espiral al aplicar algoritmos sobre información que ya fue interpretada previamente, que establece correlaciones sutiles y abstrae nuevos datos para explorar escenarios hipotéticos y extraer múltiples capas de significado sobre la misma base de datos, surge la cuestión acerca de si existen otras formas de pensar que permitan una relación con el mundo existente más allá de un bucle de análisis recursivo. Por supuesto, la respuesta no puede ser lineal, para explorar este dilema proponemos recuperar dos modalidades del pensamiento presentes en la obra de Martin Heidegger. El *pensar calculador* orientado por la lógica de las causas y los efectos, así como por criterios de eficiencia, rendimiento y utilidad. Un pensamiento caracterizado por su capacidad para producir resultados y ofrecer una conclusión rápida y eficaz, que no se detiene a meditar, sino que busca soluciones inmediatas para controlar lo ente (*das Seinde)*. No *das*

relación primaria con las cosas no es meramente empírica, sino práctica, vinculada a la utilidad. La segunda dimensión es la *comprensión* y *el proyectarse*, donde la existencia no estática permanece instalada en un perpetuo proyecto continuo, abierta siempre a una disposición afectiva. Esto significa que el *Dasein* se encuentra en el mundo desde un determinado estado de ánimo –temor, alegría, angustia– que condiciona su modo de comprenderlo. La tercera dimensión corresponde a la *caída* y *la cotidianidad*, donde el *Dasein* tiende a ser absorbido por las tareas prácticas y a "caer" en la cotidianidad. En este estado, la existencia se vuelve inauténtica, pues habitamos el anonimato de lo "Uno" o "el se" (*Das Man*), donde hacemos lo que "se" hace, pensamos lo que "se" piensa y vivimos bajo las normas de la masa, perdiendo nuestra individualidad. Finalmente, el *Dasein* encuentra su sentido último en el cuidado y la temporalidad. Toda preocupación por las cosas, por los otros y por nosotros mismos expresa, en el fondo, el cuidado de la propia existencia. Este cuidado se fundamenta en el tiempo. El *Dasein* es esencialmente temporal, se proyecta hacia el futuro, hereda su pasado y vive en el presente. El sentido más propio y auténtico de la existencia se alcanza cuando el *Dasein* asume su propia muerte –su posibilidad más extrema e insustituible–, lo que permite dejar atrás la vida inauténtica y tomar las riendas de su propia vida (Lozano, 2004, p. 197-212).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

seindo es un pensar en sentido propio, porque olvida el ser y solo maneja entes.[2] Y, por el otro, el *pensamiento meditativo*, aquel que se abre a aquello que "da qué pensar", a lo que es digno de ser pensado, que no persigue una utilidad inmediata; es una respuesta a una llamada. Pensar es "dejar ser", corresponder a la interpelación del ser, habitar el misterio. Requiere que nos comprometamos en algo que, a primera vista, pareciera no afectarnos (Heidegger, 2002, p. 19-31). Es un pensar que agradece (*denken-danken*), que permanece en la pregunta, "exige a veces un esfuerzo superior. Exige un largo entrenamiento. Requiere cuidados aún más delicados que cualquier otro oficio auténtico" (Heidegger, 2002, p. 19).

Y aquí es donde situamos la posibilidad de abordar la cuestión de la IA en otro registro, uno que permita re-situar al investigador como protagonista de la producción del conocimiento, no como un ente procesador reforzado, sino como el único que puede habitar la verdad del ser. Recuperar la crítica de Heidegger sobre el pensar frente a la IA implica, ante todo, entender que la esencia del pensar no es un proceso técnico ni un cálculo, más bien *es una escucha y una correspondencia que nos interpela*. Lo más grave de nuestra época –apuntará Heidegger– no es que sepamos cosas, sino que "lo más digno de pensarse se nos retira" (Heidegger, 2005, p. 132), y lo peor es que ni siquiera nos damos cuenta de que esto está sucediendo.

En este marco, restituir al investigador en el centro del conocimiento y reconocerlo como protagonista en la producción del saber constituye la preocupación fundamental de la reflexión que aquí se presenta. La *impo-*

[2] Vicente Lozano elabora una aproximación a la distinción entre el Ser (*Sein*) y el ente (das *Seiend*), desarrollado por Heidegger en *Ser y tiempo*, una interpretación que será útil para quienes no están familiarizados con la obra del filósofo alemán. "Ser es lo que determina al ente en cuanto ente, lo que hace que un ente sea, y ente significa cosa, algo que es. Por ello, todo ente presupone el Ser, que no puede ser pensado como un ente más, sino que es una especie de horizonte significativo desde el cual toda realidad, todo ente, es siempre visto. Ser es pues la idea no capturada conceptualmente que la metafísica supone sin tematizar. Es una idea indefinida de la que no tenemos ningún principio contenido que la precise, pero que está actuando desde el momento en que hay entes, esto es, cosas que no son. Se trata de un significado anterior a todas las distinciones que la tradición ha efectuado sobre los entes y que han dado lugar a las diferentes ciencias. Por ejemplo, la física estudia los entes o cosas que se mueven o alteran, la matemática estudia los entes o cosas numéricas, la historia estudia cómo se han comportado o qué le ha sucedido a un grupo de entes llamados seres humanos" (Lozano, 2005, p. 198).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

sición –término traducido del alemán *Gestell*, entendido también como disposición o armazón– de la técnica sobre el ser humano, desplaza todo el tiempo al investigador del plano de la producción epistemológica. Del mismo modo que lo hace con la naturaleza a la que coloca como "fondo de reserva" explotable, medible y subordinada a la exigencia de la disponibilidad. Bajo esta lógica, el desarrollo tecnológico coloca al ser humano en un lugar secundario dentro de la existencia, mientras que la naturaleza queda despojada de su valor intrínseco (Heidegger, 1994, p. 22). Y es, precisamente en este lugar, donde la *pregunta auténtica*, entendida como el preguntar heideggeriano, abre un intersticio para re-pensar el papel del investigador en la producción del conocimiento en un mundo que niega la experiencia del asombro, de la angustia y la perplejidad, aspectos que comprometen la relación con el ser y que la IA es incapaz de fagocitar.

En el horizonte de la obra de Heidegger, la IA representa una de las formas más acabadas del pensar calculador, un modo de operar que *olvidó la pregunta por el ser*. Una especie de máquina que dejó de ocuparse de lo humano. Ciertamente, podemos encontrar fascinación frente a esta tecnología, pero es innegable que está vaciada de preocupación por lo humano. En este espacio, donde el cálculo fractura la voz que pregunta por el sentido de la existencia, se abre un intersticio para re-colocar al ser humano en el centro. Cuando expresamos nuestra preocupación por el desplazamiento del investigador en el proceso de la producción del conocimiento, el señalamiento es claro, se trata de resistir a una lógica instrumentalizada por la nueva tecnología digital que pretende remodelar el sentido del ser humano. El punto de partida de nuestra crítica es el peligro que la IA entraña cuando crea mecanismos dirigidos a organizar (y controlar) una sola forma de ver el mundo; un dispositivo que apunta a someter la autonomía del individuo. La IA no solo es una herramienta, constituye una forma de ver y organizar la vida, una lógica que se aplica a la existencia misma, a nuestras relaciones y a la naturaleza, donde todo queda reducido a la utilidad y la ganancia. Sin embargo, el problema no es que la IA nos domine, pues como mecanismo tecnológico carece de "deseo", es incapaz de preguntarse qué esperamos (o queremos) de este dispositivo; carece de inconsciente, no tiene fallas en el sentido de la muerte, de la finitud.

Lo que nos diferencia como seres humanos en relación con esta máquina, no es nuestra capacidad de conocer, sino nuestra capacidad de *no*

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

conocer, de preguntar. La IA solo responde, nunca pregunta. Por lo tanto, el verdadero riesgo que corremos frente a esta tecnología digital no radica en el control que pueda ejercer sobre los seres humanos –específicamente, sobre el investigador productor de conocimiento–, sino que, al relacionarnos con la IA, dejemos de hacernos preguntas. Aquí, la respuesta de Heidegger es aparentemente sencilla, pero, a la vez, profundamente radical: usar la técnica sin ser usados por ella. De manera ingeniosa y provocadora, dirá que "la técnica no es nada humano. Y sobre todo la esencia de la técnica no es nada técnico. La esencia de la técnica tiene su lugar en lo que ha de pensarse desde siempre antes de toda otra cosa" (Heidegger, 2005, p. 81). De allí que uno de los aspectos más difíciles de entender en el pensamiento heideggeriano sea la capacidad para dilucidar de qué manera la "pregunta auténtica" ofrece una alternativa a la paradoja moderna de la tecnología. No se trata de una respuesta técnica, más bien apunta a una forma activa de sabiduría dirigida a navegar el mundo moderno sin perder nuestra humanidad.

En este sentido, nuestro interés no está dirigido a encontrar un procedimiento para ajustar los parámetros técnicos de la IA y, de este modo, controlar la información que produce. Lo que guía este trabajo es volver a la *pregunta auténtica* heideggeriana para recuperar la capacidad de *interrogarnos por el sentido del conocer*, expresado en la relación del ser humano con la verdad, con el mundo y con la existencia, principio sobre el que se funda la producción epistemológica. Este ejercicio exige re-situar al investigador en el centro y reconocerlo como artífice de la generación del conocimiento, a partir de su *disposición* para interrogar el mundo. Con este propósito, a continuación, presentamos la ruta metodológica que seguirá el desarrollo de la reflexión. En la primera parte, exploraremos el sentido de la *pregunta auténtica* heideggeriana para distanciarnos de la comprensión ordinaria que la identifica con una simple solicitud de información. A continuación, discutiremos la distancia trazada por Heidegger entre la *pregunta auténtica* y la solicitud de información de modo que podamos discernir sobre lo que significa usar la tecnología sin ser usados por ella. Finalmente, buscaremos pensar si, en la época de la IA, aún es posible resguardar un modo de preguntar que no se agote en la eficacia de la técnica y revele un horizonte epistemológico en el que el investigador ocupe un lugar central por su disposición y apertura ética para poner en relación el pensamiento, el sentido y la verdad.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

En síntesis, la búsqueda está orientada a explorar un territorio en el que la *pregunta auténtica* impida que el conocimiento quede atrapado entre un positivismo residual y un giro cualitativo de alcance superficial. Y, así, situarnos en la apertura originaria, donde la investigación y la producción de conocimiento reaparezcan como modos propiamente humanos de habitar la verdad del sentido.

La *pregunta auténtica* en el pensar heideggeriano

Una aproximación rigurosa a la pregunta auténtica heideggeriana requiere tomar distancia de la comprensión ordinaria que la concibe como una mera solicitud de información. En el pensamiento de Heidegger, la pregunta excede su función instrumental y adquiere el carácter de acontecimiento del Ser, una modalidad eminente del pensar en la que se pone en juego la relación del ser humano con la verdad, con el mundo y con su propia existencia.

Pero, cómo podemos identificar los rasgos que caracterizan a la pregunta auténtica. En *Ser y tiempo* (1997), Heidegger señala que la pregunta no se origina en un intelecto meramente curioso; más bien surge de una disposición afectiva ante los fenómenos existenciales que se manifiestan con toda su fuerza en lo cotidiano de nuestro mundo: "El hecho de que los sentimientos puedan trastocarse y enturbiarse solo dice que el 'ser ahí' es en cada caso ya siempre un estado de ánimo" (Heidegger, 1997, p. 151). Esta consideración abre la filosófica de los sentimientos, las emociones y los estados de ánimo a la interpelación analítica existencial de estos fenómenos en el espacio propio de su configuración en el que se producen: la cotidianidad (Cardona, 2003, p. 94). Alguien pregunta auténticamente porque está afectado, porque ha sido tocado por algo que lo desborda. La pregunta no expresa una simple falta de información técnica; acontece cuando las cosas mismas se vuelven, de pronto, enigmáticas. No se trata de una duda instrumental, sino del estremecimiento ante el milagro del ser: una forma de asombro que configura el temple originario de la filosofía. Surge también de la angustia, allí donde el mundo pierde su familiaridad y los entes se tornan insignificantes, obligando al *Dasein* a enfrentarse con su propia finitud, "Lo que angustia no es esto ni aquello [...] sino la posibilidad de algo 'a la mano' en general, es decir, el mundo mismo. [...] El angustiarse

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

abre original y directamente al mundo como mundo" (Heidegger, 1997, p. 207). De este temple nace la pregunta por el sentido del ser, no como curiosidad académica, sino como necesidad de orientación cuando toda certeza se desvanece. Según Heidegger, la época actual está marcada por la ausencia de la perplejidad. Creemos tener respuesta para todo, o confiamos en que la técnica podrá proporcionarla. El preguntar auténtico comienza, entonces, cuando experimentamos esa falta de preguntas como una privación, una especie de búsqueda a partir de una carencia y de una aspiración de saber (Heidegger, 1956). Sin embargo, la pregunta no surge como iniciativa voluntarista del sujeto; acontece como respuesta a una interpelación, a algo que nos da qué pensar. La pregunta auténtica es, por tanto, un padecer (*Leiden*), un dejar que aquello digno de ser pensado nos alcance.

La pregunta auténtica abre un espacio de manifestación donde comparece algo, no busca llenar un vacío dentro de un sistema de saber, sino que busca el ámbito donde el ser del ente puede mostrarse. A este intersticio Heidegger lo denomina "claro" (*Lichtung*), metáfora utilizada para explicar la verdad como des-ocultamiento, como el espacio abierto y libre de sombras que permite que los entes se muestren y sean inteligibles (Heidegger, 2003, p. 29-41; 2000), el cual debe entenderse como el lugar-abierto que posibilita la manifestación de todo lo que aparece presente (Garrido, 2016, p. 151-152). Poner en relación el "claro" con una pregunta auténtica implica formular una pregunta genuina a la que no se imponen categorías previas, precisamente porque en este ejercicio el pensar se expone a lo interrogado para permitir que lo "oculto" se manifieste en una forma de desocultamiento de lo que permanecía velado. Aquí no se trata de obtener un dato, sino de delimitar un horizonte desde donde lo interrogado pueda ser comprendido.

Por ejemplo, cuando preguntamos *qué es la justicia*, en el sentido auténtico, no se requiere de una definición de diccionario, más bien, la pregunta está dirigida a abrir el horizonte en el que se juega el sentido de la convivencia humana. Por ello, la pregunta ya es una forma de saber, aunque se trata de un saber consciente de su propio no-saber. Es el saber socrático llevado al plano ontológico; el reconocimiento de que no se sabe. Y, precisamente por eso, el pensamiento permanece abierto a que la cosa misma *dé qué pensar*.

Otra dimensión de la pregunta auténtica la constituye el hecho mismo de su imposibilidad de intercambiabilidad; no puede delegarse a una

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

máquina o a otro *Dasein*, precisamente porque concierne únicamente a quien pregunta. En *Ser y tiempo*, la pregunta por el sentido del ser no aparece como una cuestión externa al sujeto, pues compromete al propio *Dasein* que interroga (Heidegger, 1997, p. 14-24). Por ello, preguntar por el ser equivale a preguntar por el propio modo de existir. Así, la respuesta a una pregunta auténtica nunca deja intacto a quien la formula. Cuando preguntamos por la finitud, la respuesta no se reduce a un concepto, necesariamente nos arrojará a una forma de asumir el propio ser-para-la-muerte. Del mismo modo, quien pregunta por la verdad no encontrará la respuesta en una teoría, la interrogación planteada derivará en una transformación del ser humano con el mundo. Este carácter existencial descrito vuelve imposible que la IA pregunte en sentido propio. La máquina no muere, no se angustia, no habita un mundo y nada le va en aquello que formula. Sus "preguntas" son apenas simulacros estadísticos.

Ante la premura de la respuesta rápida, la pregunta auténtica desdice la prisa de quienes buscan la respuesta definitiva. En lugar de cancelarse en un "sí/no", abre un estar en camino, el marchar por un sendero o un camino de pensamiento: "En el bosque hay caminos [*Wege*], por lo general medio ocultos por la maleza, que cesan bruscamente en lo no hollado. Es a estos caminos que se llama '*Holzwege*' ["caminos de bosque, caminos que se pierden en el bosque"] (Heidegger, 2003, p. 9). Aquí, la respuesta auténtica devuelve la pregunta al preguntante con mayor intensidad. El preguntar entendido como la piedad del pensar nunca se agota ni se convierte en objeto poseído, protege el misterio de lo interrogado. Frente a este preguntar, la IA queda reducida a respuestas tendientes al cierre, en cambio, la pregunta auténtica, permanece abierta al ámbito de lo indisponible.

De este modo, desencadenar la pregunta auténtica implica exponerse a la interpelación de aquello digno de ser pensado para abrir un claro donde el ser del ente puede desocultarse. Lo radicalmente distinto en relación con la IA es que en ese movimiento queda comprometida la existencia misma del preguntante manteniéndolo en un camino inagotable de correspondencia con el misterio. La pregunta heideggeriana constituye apertura al mundo, compromiso existencial y fidelidad al sentido. En este camino, se convierte en el acto fundacional de un saber humano que ninguna máquina es capaz de simular ni falsificar.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

La *pregunta auténtica* frente a la solicitud de información

Para Heidegger, la diferencia entre la mera solicitud de información y la pregunta auténtica no corresponde a una diferencia de grado; pertenece al orden de la esencia. Se trata de dos modos radicalmente distintos de habitar el lenguaje y relacionarse con la verdad (Heidegger, 2005; 1997; 1994). En este sentido, la IA solo puede responder a la mera solicitud de información y, al hacerlo, revela por contraste aquello que significa preguntar humanamente.

La pregunta entendida como solicitud de información, a la que la IA puede responder, interpela únicamente a la forma de preguntar propia del pensar calculador y de la existencia inauténtica. Heidegger la caracteriza de manera indirecta al analizar la curiosidad (*Neugier*) y la habladuría (*Gerede*).[3] Su origen se encuentra en una carencia óntica, no ontológica; falta un dato, un eslabón en una cadena causal o una instrucción. Esta modalidad presupone que quien pregunta ya comprende el horizonte de sentido de lo preguntado y requiere únicamente un contenido específico. Por ello, está orientada a cancelarse mediante una respuesta. Bajo la lógica de la determinación, una vez obtenida la información, la pregunta se apaga. Realiza un recorrido algorítmico en el que la pregunta de entrada conduce a una salida, la respuesta, para inmediatamente concluir el proceso. Detrás de la pregunta calculadora no hay nadie, precisamente porque quien cuestiona en ningún momento pone en juego el sentido de su existencia, solamente busca un dato. Por eso, la interrogación puede ser planteada por cualquier "uno" (*das Man*) y respondida igualmente por una máquina en la que la subjetividad no está comprometida en ningún sentido. Se pregunta por hechos, precios, resúmenes, predicciones, asumiendo que el mundo está configurado simplemente por un conjunto de objetos disponibles que pueden ser interrogados

[3] Heidegger aborda la curiosidad como la avidez por ver cosas nuevas constantemente, no se trata de un deseo genuino de conocer, más bien, de la búsqueda de novedades que lleva a cabo el *Dasein* solamente por el placer de saltar de una dispersión a otra, sin detenerse a comprenderlas. Y cuando se refiere a las "habladurías", no lo hace en un sentido despectivo, sino más bien como un fenómeno positivo que constituye la forma de ser del comprender e interpretar al "ser ahí" cotidiano, a la forma habitual en la que el *Dasein* se comunica con la cotidianidad. Aquí, no se trasmite una comprensión profunda de las cosas, sino que se basa en la repetición y en lo "que se dice" por el solo hecho de que los demás lo dicen, proceso que da lugar al entendimiento del mundo (Heidegger, 1997, p. 186-189).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

o utilizados. Esta forma de preguntar no modifica a quien la plantea, lo deja esencialmente igual y, aunque puede conseguir más datos, su existencia permanece sin ser tocada. Por ello, la IA es la destinataria perfecta de la pregunta calculadora, porque opera en el mismo plano, procesa entes lingüísticos como objetos disponibles carentes de mundo, sin comprensión del ser y alejados de la posibilidad de que algo le *vaya* en su respuesta.

En el horizonte heideggeriano cambia radicalmente el registro de la pregunta auténtica, toda vez que constituye el acto fundacional del pensar meditativo, el cual debe entenderse a partir de la relación entre un "padecer" y un "corresponder". En las primeras páginas de su obra *¿Qué significa pensar?* (2005), Heidegger lanza un postulado abrupto, en el que declara que "lo que más merece pensarse en nuestro tiempo problemático es el hecho de que no pensamos" (Heidegger, 2005, p. 17). Inmediatamente señala que no se trata de una ofensa ni desvalorización del quehacer científico, lo que explica es que la ciencia no piensa porque se mueve dentro de un carril ya trazado. Para salir de este dilema propone un puente entre el padecer y el corresponder. Si en la primera lección de su texto advierte que entre la ciencia y el pensar no hay un puente, sino un "salto" (Heidegger, 2005, p. 19-23), en la segunda parte aclara que para dar este "salto" fuera del cálculo científico, el ser humano debe cambiar de postura. Abrir un espacio donde el pensar meditativo aparezca como esa relación receptiva y responsiva del padecer y corresponder (Heidegger, 2005, p. 75-109). Aquí, el origen de la pregunta auténtica, referida al padecer y corresponder, no se encuentra en la carencia de dato, pues más bien brota del asombro, de la angustia o de la perplejidad ente el hecho mismo de que las cosas sean. A esto nos remite Heidegger cuando señala que "Lo que más da qué pensar de suyo, lo más merecedor de pensarse [...] es el hecho de que nosotros todavía no pensamos" (Heidegger, 2005, p. 17-18). Quien interroga desde este registro, experimenta que *le falta suelo*, no un objeto determinado. Esta forma de preguntar impide la salida a una respuesta definitiva, antes bien, profundiza en el propio camino del pensar. Precisamente porque impide la clausura de la cuestión, al devolverla con mayor radicalidad a quien la formula. En esta nueva configuración, tanto la pregunta como la respuesta importan al ser que la realiza. Y, en ese tránsito, la experiencia no tiene término, al *Dasein* "le va su ser", preguntar no tiene término, es un camino

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

y no un problema que se resuelve; de ahí su carácter intransferible. Nadie podrá asumir la pregunta más que el propio *Dasein*, ya que, en ello, le va su propia existencia, la finitud y el estar-en-el-mundo. Asumir la pregunta desde esta postura remite a una índole irreductiblemente personal –esto no debe interpretarse en términos de subjetividad–, se trata de una pregunta auténtica porque abre un claro (*Lichtung*); no solicita información, permite que lo interrogado comparezca en su ser. Desde este marco, cuando se pregunta qué es la verdad, no se demanda una definición, de lo que se trata es de inaugurar el espacio en el que la esencia de la verdad puede manifestarse. Lo que advierte este cambio de registro es que la verdad no se reduce a la exactitud, el preguntar meditativo responde más bien a una llamada, a una escucha que corresponde. No se trata de la respuesta afirmativa que ofrece el sujeto moderno; la contestación surge de la interpelación de aquello que reclama ser pensado. Por ello, Heidegger vincula *pensar* con *agradecer*, esto sucede porque el pensar agradece la llegada de lo que da qué pensar (Heidegger, 2005, p. 139-141). Así, quien sostiene esta apertura siempre es tocado por lo que pregunta, nunca sale indemne, siempre es puesto en cuestión y descentrado. Lo que surge de una pregunta auténtica, del preguntar meditativo, no equivale a un contenido mental, precisamente porque se configura como un modo de ser. De esta manera, el ser humano se convierte en pastor del ser, no en un centro acumulador de información de datos.

Cuando contrastamos la pregunta auténtica con la mera solicitud de información desde el horizonte heideggeriano, advertimos que, a pesar de que la IA es capaz de simular una pregunta profunda, al final, solamente consigue hacer un eco estadístico desprovisto de existencia. La IA no se angustia, no muere, ni tampoco habita un mundo. Esto tiene una connotación fundamental en la reflexión que aquí presentamos, pues el acto humano de preguntar auténticamente constituye un punto de control indisponible para la máquina. Y, en ese sentido, mientras el ser humano conserve la capacidad de interrogarse por aquello que ninguna base de datos está en posibilidad de ofrecerle –la finitud, el ser, el sentido– permanecerá en el centro de la producción del saber, del conocer. Por eso, en la era de la IA, lo decisivo no es formular mejores preguntas técnicas; más bien, se trata de salvaguardar el preguntar que ninguna máquina será capaz de padecer y agradecer jamás. Con esta consideración avanzamos a la última parte de la reflexión.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

El sentido auténtico de la pregunta como un camino para abrir un horizonte epistemológico en los tiempos de la IA

La distinción entre la pregunta auténtica y la solicitud de información permite situar al ser humano en el centro de la preocupación científica contemporánea ante el avance de la IA. Hoy, la producción de conocimiento tiende a confundirse con la generación de respuestas inmediatas a problemas complejos y pronto olvida que, el sentido de la pregunta auténtica solo puede surgir del ser humano. Simplemente obtener información perfectamente codificada sobre algo que ya ha sido interpretado, no compromete la existencia, la finitud, ni mucho menos compromete la relación del ser con la verdad. La pregunta auténtica conserva aún un núcleo irreductiblemente humano frente a los grandes sistemas capaces de procesar, ordenar y recombinar información a gran escala.

El dilema surge cuando en la producción de conocimiento en las ciencias sociales persiste el legado positivista y una especie de giro cualitativo que con frecuencia coloniza al pensamiento del preguntar auténtico. Ante este movimiento, el preguntar heideggeriano abre un horizonte epistemológico diferente y ofrece un suelo previo desde el cual investigar, donde el ser humano vuelve a ocupar el núcleo de la pregunta auténtica, no como el sujeto que domina al objeto; más bien, se trata del *Dasein* implicado en su existencia con aquello que interroga.

Históricamente, la ciencia social estándar suele estudiar sus temas de investigación como "objetos disponibles" susceptibles de ser interrogados, medidos y modelados. Bajo esa lógica examina cuestiones relacionadas con la desigualdad, la identidad, la opinión pública, la injusticia, la crisis de la democracia, el retorno de las ultraderechas, el racismo y mil etcéteras. En este enmarcamiento, la IA deviene aliada de esta tendencia, incluso, radicaliza esta forma de "producción del conocimiento", cada vez que procesa las problemáticas sociales en términos de variables textuales o numéricas desprovistas de mundo. Frente a esta "objetivación pragmática" de las ciencias sociales, el preguntar heideggeriano permite desplazar este punto de partida. Al volver a la pregunta "originaria" del pensamiento meditativo, lo social deja de concebirse como un ente objetivo para aparecer como un fenómeno que se manifiesta y oculta. Por ejemplo, cuando preguntamos por

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

la desigualdad desde este "suelo", no interrogamos sobre los dispositivos creados para distribuir la renta, sino por aquello que generó la desigualdad y que se manifiesta a través de múltiples prácticas cotidianas como si se tratara de una cuestión "natural". Nos referimos, también, al sentido del ser-con-otros que permanece velado bajo las métricas creadas por el pensar calculador. Aquí, la pregunta auténtica apunta a otro lugar, hacia aquello que se retira de la mera presentación estadística, orienta su *sentido al ser de lo social*. En esta trama, el investigador auténtico no se limita a identificar un problema o un área de conocimiento aún inexplorados. Más bien, lo que emerge aquí, es su padecer y desasosiego ante un aspecto del mundo social que devino enigmático. Su pregunta no responde a la necesidad de elaborar un artículo académico o a conseguir prestigio entre sus pares; lo que se juega el investigador es algo relacionado con su propia existencia. Esta actitud transforma el criterio que guía la producción del conocimiento, precisamente porque no solo se investiga lo publicable o el dato que ofrece una respuesta sistemática e inmediata, sino aquello que es *digno de ser pensado*.

La producción epistémica dominante interpretó la verdad en términos de la correspondencia entre enunciado y hecho, medida y datos. En este sentido, la IA se convirtió en una de las herramientas tecnológicas más acabadas para configurar esta "armonía", toda vez que predice la más probable correspondencia estadística entre las partes. Frente a este procedimiento, Heidegger recupera la verdad como *aletheia*, entendida como una especie de "desocultamiento" que, aplicado a las ciencias sociales, implica identificar una distinción fundamental en la producción del conocimiento: comprender no equivale a explicar. La explicación exige abrir un "claro" (*Lichtung*) (Heidegger, 2003, p. 29-41; 2000). Una investigación auténtica en ciencias sociales no "descubre" leyes, del mismo modo que la astronomía descubre planetas, sino que permite que un aspecto del mundo de la vida se muestre en su ser. Apostar por la entrevista en profundidad o la etnografía, asumidas desde el horizonte heideggeriano, implica no limitarse a recolectar datos, sino crear las condiciones para que el fenómeno se manifieste. El investigador no opera como un "extractor" de datos, sino como una especie de "partero" que asiste el acontecimiento de la existencia del ser. En esta experiencia, los conceptos dejan de ser meras categorías operacionales para adquirir un estatuto de existenciarios. Cuando recuperamos términos

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

heidegerianos como "cuidado", "angustia" o "ser-para-la-muerte", no se trata de etiquetar conductas observables. Más bien, deben entenderse como estructuras que nombran el existir humano que todo sujeto social habita, incluso, sin advertirlo. En este sentido, una sociología atravesada por el pensamiento meditativo heideggeriano no preguntaría cuántas personas padecen ansiedad, sino que interrogaría sobre aquello que revela la ansiedad contemporánea sobre un modo de habitar el tiempo y la incertidumbre de las sociedades tardomodernas. La pregunta estaría dirigida al sentido, no a la frecuencia. El preguntar auténtico se inscribe en la estructura del círculo hermenéutico, justamente porque solo es posible interrogar lo social desde una comprensión pre-teorética que, de antemano, ya opera. Esto es porque la investigación no rompe el círculo interpretativo, lo que hace es recorrerlo productivamente, una vez y cada vez, al hacer explícitos sus prejuicios para que el fenómeno pueda desmentir lo dicho o enriquecerlo.

No es posible entender la transformación más profunda del preguntar auténtico, que consiste en el desplazamiento del investigador neutral-objetivo hacia el *Dasein* comprometido. El investigador debe renunciar a la simple tarea de convertirse en un sujeto intercambiable que aplica un método. Por supuesto, la IA encarna el sueño de ese ideal, toda vez que su función consiste en operar como un procesador sin subjetividad. En cambio, el preguntar auténtico aparece en el horizonte como intransferible, porque quien pregunta siempre está *en juego*. Cuando el investigador interroga el ser de lo social, cuestiona también su propio ser-en-el-mundo. Estudiar la precariedad laboral o la polarización política deja de ser una operación externa para convertirse en una interpelación sobre el propio modo de habitar el lenguaje, la comunidad, la finitud. La producción del conocimiento resultante nunca se reduce a la realización de un informe, siempre estará atravesada por la transformación del propio investigador. Una interpretación adquiere validez cuando consigue *desocultar* aspectos del fenómeno que interpelan existencialmente a quien pregunta. El lector de una teoría social profunda no acumula simplemente información, también se reconoce, se inquieta, comienza a ver su mundo de otra manera; mediante este ejercicio acontece una forma de verdad. Un investigador auténtico apuesta por este proceso, mientras resiste a la "maquinación" metodológica. El preguntar auténtico se vuelve, así, un acto de resistencia académica que devuelve al investigador

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

la responsabilidad de pensar, en lugar de limitarlo a gestionar datos con herramientas que, en el fondo, imitan a la IA que él mismo critica.

A modo de cierre que da qué pensar...

Actualmente, el trabajo de investigación corre el riesgo de confundir la exigencia de conocimiento objetivo, el cálculo y la respuesta rápida con la suspensión del pensamiento meditativo, donde tiene lugar la pregunta auténtica. Cuando Heidegger declara que "el pensar obra en cuanto piensa", no significa que el pensar no actúe, sino que el pensar solo actúa en la medida en que piensa. Este actuar es, seguramente, el más simple, pero también el más elevado porque atañe a la relación del ser con el hombre (Heidegger, 2000, p. 1), no se refiere a la inactividad, sino a la capacidad que reclama dos tipos de obrar. Uno, que corresponde al obrar técnico orientado a producir efectos, dominar causas y alcanzar resultados medibles: "En la interpretación técnica del pensar se abandona el ser como elemento del pensar" (Heidegger, 2000, p. 1). Es el modo propio del capital y, también, de buena parte de una resistencia que mide su eficacia mediante indicadores. Este obrar encuentra respaldo en una ciencia estándar que suele tratar sus temas como objetos disponibles para ser interrogados, medidos y modelados. El segundo modo corresponde al obrar del pensar que abre un espacio de verdad y deja comparecer lo ente preparando una morada para el ser humano:

> El pensar es *l'engagement* mediante y para la verdad del ser. Su historia nunca es ya pasado, sino que está siempre por venir. La historia del ser sostiene y determina toda *condition e situation humaine*. Para que aprendamos a experimentar puramente la citada esencia del pensar, lo que equivale a llevarla a cabo, nos tenemos que liberar de la interpretación técnica del pensar. [...] El pensar no es práctico" (Heidegger, 2000, p. 1).

Sin este segundo obrar, la acción técnica pierde orientación, se vuelve ciega y termina por adquirir una deriva autodestructiva. Padecer la pregunta significa mantener abierta la herida del misterio en un mundo que busca clausurarla con datos, eslóganes y soluciones técnicas. Constituye la condición

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

para que la acción no degenere en activismo frenético, incapaz de soportar la angustia de la pregunta y dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso lo más contraproducente, con tal de experimentar alguna forma de control.

En un sistema que transforma la disidencia en mercancía, convierte la identidad en nicho de mercado y orienta la producción del conocimiento hacia un modo de operar que pretende agotar el sentido mismo del pensar, padecer la pregunta por el sentido adquiere el carácter de una huelga ontológica. Implica retirar la capacidad de asombro y de interrogación radical del círculo de la producción de valor. Pero, esto no significa renunciar a la lucha; exige preguntar desde dónde se lucha. Cuando la acción nace de la voluntad de poder, termina alimentando la misma lógica que pretende combatir, aun cuando obtenga victorias parciales. Si se lucha desde el cuidado y la correspondencia con el sentido que nos desborda, la producción de conocimiento puede abrirse a una transformación más profunda. La ambición de poder del capitalismo no vuelve irrelevante la pregunta por el sentido; la pregunta por lo auténtico la convierte en la única pregunta incómoda que la IA es incapaz de fagocitar.

Fuentes consultadas

Cardona, L. (2003). La analítica de los estados de ánimo como hermenéutica de la cotidianidad. En *Universitas Philosofica*. Núm. 40-41. pp. 89-115.

Garrido, J. (2017). *Lichtung* en El final de la filosofía y la tarea del pensar: Qué nos tiene que decir el claro del ser. En *Tópicos. Revista de Filosofía*. Núm. 53. pp. 147-174. DOI: https://doi.org/10.21555/top.v0i53.810

Heidegger, M. (2005), *¿Qué significa pensar?* Trotta.

Heidegger, M. (2003). *Caminos del bosque*. Alianza.

Heidegger, M. (2002). *Serenidad*. Ediciones del Serbal.

Heidegger, M. (2000) *Carta sobre el humanismo*. Alianza. Disponible en: https://www.ucm.es/data/cont/docs/241-2015-06-16-Carta%20sobre%20el%20humanismo.pdf

Heidegger, M. (1997). *Ser y tiempo*. FCE.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346

Heidegger, M. (1994). La pregunta por la técnica. En I. Zimmermann (Ed.). *Conferencias y artículos*. pp. 9-38. Ediciones del Serbal.

Heidegger, M. (1956). *¿Qué es la filosofía?* Biblioteca digital Minerd-Dominicana Lee. Disponible en: https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/4tXN-heidegger-martin-que-es-la-filosofiapdf.pdf

Lozano, V. (2004). Heidegger y la cuestión del ser. En *Espíritu*, LIII. pp. 197-212.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1346